

CENTRO REGIONAL DE EDUCACION FUNDAMENTAL PARA LA AMERICA LATINA

H U A C H I T O
Y
"LOS VIEJITOS"



M a n u e l P é r e z C o r o n a d o

UNESCO; O. E. A., Gobierno de México.
Publicación No. 1 de la serie Cuento y
Leyenda editada por el Centro Regional
de Educación Fundamental para la Amé-
rica Latina.

Primera edición, 1954

Segunda edición facsimilar, 2006

© Derechos reservados por el Centro de Cooperación Regional
para la Educación de Adultos en América Latina y el Caribe
Av. Lázaro Cárdenas s/n, Col. Revolución
Pátzcuaro, Michoacán, México

ISBN 968-7485-23-X

Impreso en México

Printed in Mexico

CARTA DE UN PINTOR

Ciudad de México, 13 de diciembre de 1954.

Estimado Manuel:

Me mueve a escribirte inmediatamente, la emoción que me ha causado el ver tu libro "HUACHITO Y LOS VIEJITOS", y no sería honrado conmigo mismo si no lo manifestara tan pronto, así es mi entusiasmo al verlo.

Pero no te lo hago saber únicamente para decirte que mucho has progresado, sino con la actitud de quien ve en tu trabajo un ejemplo múltiple de habilidad, sapiencia y sensibilidad.

Qué maravillosamente tejes la fantasía con los temas reales, sobre todo hay en tus niños la imagen fiel de niños VERDADEROS.

El libro ha llegado ante nuestros ojos porque Antonio Rodríguez trajo unos ejemplares a la FERIA DEL LIBRO. Hace tiempo que recuerdo haber visto los comienzos de tal libro, pero por no haber entonces lo que pronosticaba, lo olvidé; ahora sencillamente no dejó de admirarlo. Se ha convertido en uno de mis libros preferidos.

De paso voy a agregar en esta opinión espontánea mía, algo que debes saber: hace poco más de un mes que vino hasta nosotros un ingeniero que solicitó nuestra ayuda gráfica para tratar un tema de los espinosos de Charapan, el asunto es por demás importante, se trata de despojos de tierras y crímenes cometidos por los terratenientes; pensando que siendo una zona inmediata a Uruapan le

preguntamos el porqué de no haber ido en demanda de ayuda al Taller de allí, él nos respondió que sí fue, pero que le pareció que el modo de dibujar no era el que él creía adecuado, había allí abundancia de jarrones con flores, naturalezas muertas y no sé que más.

Yo no sé si tú has estado pendiente del trabajo del grupo, pero de todas maneras esa es una opinión que es debido sopesar. Desde luego creo que tú puedes influir lo suficiente para llevar a los muchachos del Taller a una posición definida.

Basta con haberle llamado al grupo J. G. POSADA para que haya un compromiso muy serio sobre lo que hay que hacer; es Posada el ejemplo fundamental del Arte actual, del ARTE SOCIAL.

Es verdad que el artista debe pasar por un período de entrenamiento en el que dibuja bodegones y temas de estudio, pero esa no es la tarea de un taller, ahí hay que reflejar la vida misma y sobre los asuntos de la vida pulir la técnica, adquirir el oficio.

Creo que debes encausar a los compañeros de Uruapan a la discusión COLECTIVA de esos problemas, que haya en ellos una conciencia artística, que su actitud hacia el arte [sea] congruente con su vida misma. Si Posada viviera hoy en Uruápan, ¡qué no haría con ese pueblo tan rico y maravilloso!

Sé que para nosotros hay muchas veces problemas semejantes, y por eso los alentamos a superarlos en la discusión y en el trabajo colectivos.

Espero que escribas tan luego tengas oportunidad, ahora recibe un abrazo de felicitación y salud.

Alberto Beltrán

En: El Centavo, (II, 1958?), p. 4

La Piedad, Michoacán, 4 de enero de 1955.

Sr. Profr. Manuel Pérez Coronado,
Pátzcuaro, Mich.

Muy estimado y fino amigo:

Por el apreciado conducto del profesor Roberto Méndez Ramos recibí el ejemplar de su obra "Huachito y los viejitos" que tuvo la gentileza de enviarme. Desde luego, quiero expresarle mi profundo agradecimiento por el envío y por la dedicatoria que tanto, tan inmerecidamente, me distingue.

Lamento carecer de preparación para hacer un juicio crítico sobre su obra, principalmente sobre los grabados, que constituyen el valor fundamental de ella. Esto no quiere decir que sea desdeñable la parte literaria; pues hay, en verdad, perfecta correspondencia entre el texto y las 44 ilustraciones, que son perfectamente honradas y sinceras; hay honestidad en la presentación, honestidad en las ideas.

Los grabados son bellísimos. Pertenecen a ese género de que habló Benavente en el prólogo conocido de "Los intereses creados, el arte niño". Demuestran sus composiciones fidelidad y realismo en la observación de personajes, escenas y ambientes, y creación y cariño en cuanto a la manera con que fueron tratados en la interpretación artística.

Su arte, como todo el arte grande, tiene el gran mérito de encon-

trar sus temas en la realidad social, en el pueblo inmortal; por eso sabe a hombre, a su cosa viva y no a naturaleza muerta, paisaje sin alma o signo cabalístico, propio para el diagnóstico psicoterápico.

Como su libro, será el libro del porvenir el que se destine a la educación del niño pueblo. Usted nos hace, pues, con su obra, una revelación, un ademán hacia el futuro: nos dice el camino que se ha de seguir en estas publicaciones. Ya Letrough (el de Cherán) me había dicho que el Crefal había encontrado su ruta en cuanto a publicaciones. Creo que tenía razón.

Si no estoy mal enterado, esta obra suya es la primera que sale a la luz de las obras proyectadas en el plan de publicaciones que se aprobó en abril del año pasado en junta de maestros, ¿No es así? Pues con ella, la primera, queda garantizada la bondad del referido plan. Ojalá que se lleve a efecto en todas sus partes y con la mayor diligencia posible, para bien de la educación americana.

Por terminar el papel, pongo punto final. Mis felicitaciones por su éxito y también por el nuevo año. Suyo muy afectuosamente.

Isidro Castillo

En: El Centavo, (II, 1958?), p. 3.

MANUEL PÉREZ CORONADO

Es un joven que vive con la intensidad de una llama. Su espíritu está abierto a todos los problemas del arte y de la cultura.

Mientras trabaja con sus colegas y alumnos, discute las cuestiones locales, los problemas de México y las grandes cuestiones que interesan al mundo. Ha llegado a la convicción, mucho antes que otros jóvenes, de que el intelectual que sólo está dedicado a dar consejos y a formular doctrinas o críticas, pero que no trabaja todos los días al lado del pueblo, no es un intelectual verdadero.

En: El Centavo, vol. 11, Morelia, septiembre, 1958.

Tomado de la revista Siempre!, s/f, p. 2.

PÉREZ CORONADO O EL TALENTO Y LA TENACIDAD AL SERVICIO DE UN PROPÓSITO

Manuel Pérez Coronado es el caso del talento y la tenacidad puestos al servicio de un propósito creador y de un objetivo útil.

Joven provinciano a quien la pequeñez del indio y las dificultades económicas de los suyos impedían adquirir la cultura y la formación artística para las cuales se sentía inclinado, abandona la ciudad natal y sin más fortuna que una gran osadía y un lápiz de probada habilidad, se aventura, casi a ciegas, en los vericuetos de la capital.

Se inscribe en la Escuela de Artes Plásticas (San Carlos) para desarrollar las dotes de dibujante que él mismo y los demás habían advertido. Pero los estudiantes, aun los de artes plásticas, tienen también que comer y él, francamente, no tiene dónde ni con qué.

Pero entonces, acaba de inaugurarse un comedor público para indigentes. Logra ser aceptado como comensal en la benéfica institución, y a la vez que estudiaba de noche, en la escuela trabajaba como pintor de rótulos en un pequeño taller, para pagar el hospedaje y la cuota del comedor público.

Como tiene talento, se desarrolla pronto y llama la atención de Alfredo Zalce, el gran pintor michoacano, que lo invita a irse con él a Morelia, a trabajar. La invitación es tentadora, ya que es mejor ser ayudante de un buen pintor, que estudiante de una escuela mediocre. Pero es peligrosa, porque al aceptarla tendrá que renunciar al título, que es la razón de ser de muchas carreras.

Pérez Coronado acaba de publicar un cuento escrito e ilustrado por él, que es buena muestra de su sensibilidad artística y de su capacidad como realizador.

A lo largo de treinta y tantos grabados, que son expresión elocuente del retrato escrito, desarrolla Pérez Coronado, con mano maestra, el tema de la obra. Pero el grabado en sí mismo tiene tanta fuerza plástica, se sostiene tan vigorosamente por la firmeza del dibujo, el equilibrio de la composición y la belleza del conjunto, que cobra vida propia, sin necesidad de ningún apoyo literario.

Sin embargo, no es aquí, sino en un retrato de Morelos, de proporciones heroicas (43 x 60), que el joven artista manifiesta toda su vigorosa personalidad. Grandioso, pero sin perder su escala humana, el estratega de la Independencia proyecta su figura, en el grabado de Pérez Coronado, sobre el paisaje de Apatzingán. Y en un acierto que denuncia en el acto al artista, el héroe aparece íntimamente ligado a la tierra de la que es, a la vez, raíz y fruto. Sin necesidad de recurrir a deformaciones exageradas para lograr la expresión requerida, ni de perseguir el halago por medio de un embellecimiento artificial y cursi, Pérez Coronado logra el justo término, manteniendo a Morelos en los límites del hombre vigoroso, de rasgos fuertes, pero humano (mixto de campesino, de arriero, de visionario y de luchador) que siempre fue.

Esa cara de mirada inalterable, que infunde respeto, y esa mano en escorzo, que promete sin llegar a la dádiva que humilla, sólo un maestro las podría trazar.

Dudamos que se haya pintado en México un Morelos de tanta intensidad, fuerza y vigor plástico como éste que acabamos de reseñar.

El nombre de su autor, pronto llegará el día en que ocupará un lugar de relieve en la vida artística del país.

Antonio Rodríguez
En: El Centavo (II, 1958?), p. 2.

MANUEL PÉREZ CORONADO

Los mexicanos, en el anchuroso campo del arte contemporáneo, hemos ascendido al primer plano gracias a la gran actividad creadora de nuestros pintores.

Las artes plásticas en nuestra Patria tienen un sentido de vanguardia porque los jóvenes artistas revolucionarios han hecho de la interpretación realista de los acontecimientos palpitantes de la vida del pueblo una verdadera misión histórica.

Arma vigorosamente combativa es el arte, cuando en él se expresa la profunda conciencia, la profunda conciencia social, de quienes desde hace siglos vienen luchando por la libertad y la paz del hombre.

En esta obra de la cultura humanista destaca el trabajo intenso, incesantemente renovado, valioso, que desarrolla Manuel Pérez Coronado.

Es una gala para nuestro Instituto de Intercambio Cultural Mexicano-Ruso abrir esta noche su primera exposición de dibujos, grabados y pinturas.

Albergamos en nuestros muros, con fraternal sentimiento, la expresión de su esfuerzo en bien del enaltecimiento del arte pictórico nacional.

Manuel Pérez Coronado, a pesar de su juventud, tiene una brillante historia como artista del pueblo.

Desde temprana edad llevó su inquietud a la lucha social, contribuyendo con su colaboración artística y literaria en las luchas de los obreros y los campesinos; haciéndoles innumerables dibujos, grabados, carteles y manifiestos destinados a periódicos, plazas públicas, revistas doctrinarias y al campo.

Alentado por la convicción generosa de servir a los demás, y fincando su propósito en un carácter inflexible, llevó su actitud al magisterio, fundando un Taller-escuela en la ciudad de Uruapan, bajo la advocación del insigne grabador José Guadalupe Posada, para dedicarse a la enseñanza de su experiencia técnica plástica y humana y no dejar estéril su extraordinario talento.

En el presente estado de la evolución de Manuel Pérez Coronado entendemos y apreciamos mejor sus dibujos y grabados, porque en ellos refleja con mayor fuerza su originalidad, su interpretación de la vida.

Se aviene más hasta ahora, a su ser, a su estilo y a su formación estética, la forma de expresión del grabado y el dibujo. En ellos su mensaje tiene tal claridad y un lenguaje tan popular que llega al corazón de todos.

Por la tenaz búsqueda de la luz, el color y la profundidad de la perspectiva en su obra de caballete y el maravilloso prelude de los frutos que va logrando, se advierte, sin lugar a dudas, que alcanzará la perfección en esa técnica.

Pero en sus creaciones expuestas, la calidad original de sus dibujos y grabados son el acento más fuerte, sobre todo en las cosas que ha visto y no imaginado.

Sobre la fogosidad, a veces explosiva del temperamento de Manuel Pérez Coronado, existe una devoción, una laboriosidad y un afán tan apasionado por su trabajo profesional que nos infunde la certeza de que más temprano que tarde será uno de los grandes maestros de la pintura mexicana.

Sus ideas estéticas se ciñen al realismo verdadero y con su sensibilidad nos señala el seguro camino para comprender la viva esencia de la naturaleza de las cosas y los hombres y la grandeza de su historia común.

Un día... no lejano, después de que los morelianos hayamos visto sus concepciones artísticas, seguramente que también serán admiradas por nuestros amigos de la Unión Soviética.

Y quedará en la tierra el testimonio de cómo vamos venciendo los terribles avatares de nuestra vida, fortaleciendo nuestra lucha en el mundo espléndido del arte que nos van legando los pintores revolucionarios como Manuel Pérez Coronado.

Alfonso Espitia Huerta

En: El centavo (II, 1958?) p. 5

MANUEL PÉREZ CORONADO (1929-1970)

Manuel Pérez Coronado —conocido como Mapeco— nació en Uruapan, Michoacán, en 1929. Estudió en la Academia de San Carlos, en México, y consolidó su formación como dibujante, pintor y grabador al lado de Alfredo Zalce, con quien colaboró en diversos murales. Participó activamente en la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios (LEAR). Como grabador participó en el Taller de la Gráfica Popular, de México, en donde incursionó en diversas técnicas de grabado; perfeccionó y difundió, además, la técnica del grabado en cera parafina, principalmente en apoyo de los movimientos sociales y políticos de los años cincuenta, sesenta y setenta del siglo XX.

Fue fundador del periódico *Calaveras*, que se publicó durante varios años el 2 de noviembre y que por su calidad forma parte de las colecciones de grabado mexicano. En el campo de la pintura de caballete se destacó como retratista y paisajista con un peculiar manejo de la luz y la perspectiva. Como muralista se ubica dentro de la Escuela Mexicana de Pintura, y entre 1958 y 1968 pintó en espacios públicos ocho murales de contenido histórico y social; murió cuando planeaba el que estaría en la cúpula principal del Colegio de la Compañía de Jesús, hoy Palacio Clavijero, en Morelia, Michoacán.

Por decisión propia se mantuvo alejado de los círculos de consagración artística de la ciudad de México, ya que se oponía a las elites que monopolizaban la producción artística y cultural del país. En cambio, concentró muchos de sus esfuerzos en la educación artística de jóvenes de provincia, principalmente de escasos

recursos. Así, fundó talleres-escuela de artes plásticas vinculados con el Instituto Nacional de Bellas Artes y con los gobiernos de los estados, principalmente de Michoacán y Tabasco.

Siendo muy joven, trabajó en el Centro Regional de Educación Fundamental para la América Latina (CREFAL), que fue el primer centro interamericano de educación para adultos en Latinoamérica, localizado en Pátzcuaro, Michoacán. Durante 1952 y 1953 elaboró carteles para alfabetizar personas mayores y era el responsable de producir materiales de lectura para niños indígenas. En ellos expresó su maestría como pintor y grabador. En su contacto permanente con los pueblos purépecha veía con preocupación cómo poco a poco se iban perdiendo sus tradiciones culturales y, peor aún, cómo las nuevas generaciones se alejaban de sus comunidades al creer que lejos de ellas iban a encontrar un mundo mejor. Por eso decidió escribir *Huachito y los viejitos*, un cuento para que los niños indígenas recuperaran el amor por su cultura. Lo ilustró con 44 grabados que expresan muy bien cómo era la vida de las comunidades indígenas en aquellos años.

Mapeco convivió siempre con indígenas y campesinos, que eran casi invisibles en un México que se modernizaba a grandes pasos, sin advertir que en esa carrera ciega por igualarnos —en civilización, cultura y desarrollo a los países hegemónicos— se estaban destruyendo culturas milenarias, y con ello a hombres y mujeres depositarios de conocimientos y valores ancestrales. En una época en la que se suponía que los países de América Latina debían modernizarse y ser iguales a los grandes países desarrollados, él creía que México debía avanzar sin olvidar la cultura de sus primeros pobladores, rica en conocimientos, tradiciones e identidad. Por eso, más que de folclor, su obra habla de compromiso, de solidaridad social, de reconocimiento de la pluralidad cultural y de lo diverso: conceptos hoy vigentes en la vida cultural de México, pero que eran extraños e incomprensibles en los años en que vivió. Igualmente precursores fueron sus esfuerzos por la conservación de la naturaleza y del paisaje, como lo expresó en sus pinturas y murales y en su permanente batalla por preservar la armonía entre el desarrollo, la naturaleza, la cultura y lo humano.

Para Mapeco, su oficio como artista era un arma para combatir el racismo, la discriminación contra los indígenas y el olvido de la historia, tan comunes en México. De ahí que muchos de sus trabajos como grabador, dibujante, pintor de caballete y muralista recuperen dignamente los rostros olvidados del ámbito rural y de los personajes de la historia comprometidos con las causas populares. Con su obra denunciaba, desde entonces, lo que hoy ha corroborado la intensidad de la globalización: el poder del imperio norteamericano que mediante la violencia material, militar y simbólica ha extendido sus dominios sobre el orbe.

Maya Lorena Pérez Ruiz, enero de 2004.

H U A C H I T O .

Y

"LOS VIEJITOS"



C R E F A L
1 9 5 4

PÁTZCUARO, MICH.
M É X I C O .

A todos los niños indígenas de la América Latina y en especial a los de la región del Lago de Pátzcuaro en México, cuya vida y tradición sirvieron de inspiración para escribir este cuento.

Manuel Pérez Coronado.



HUACHITO es un niño travieso
y vivaracho.

Vive en uno de los pueblos del
Lago de Pátzcuaro. Con sus amigos
forma una simpática palomilla.



Podría ayudar mucho a sus padres, si no tuviera un gran defecto: no le gusta ir a la escuela ni ayudar en los quehaceres de la casa. Es el único hijo, pero no por eso sus padres le dispensan ni sus travesuras ni su pereza. Tardes enteras se pasaba contemplando el Lago.

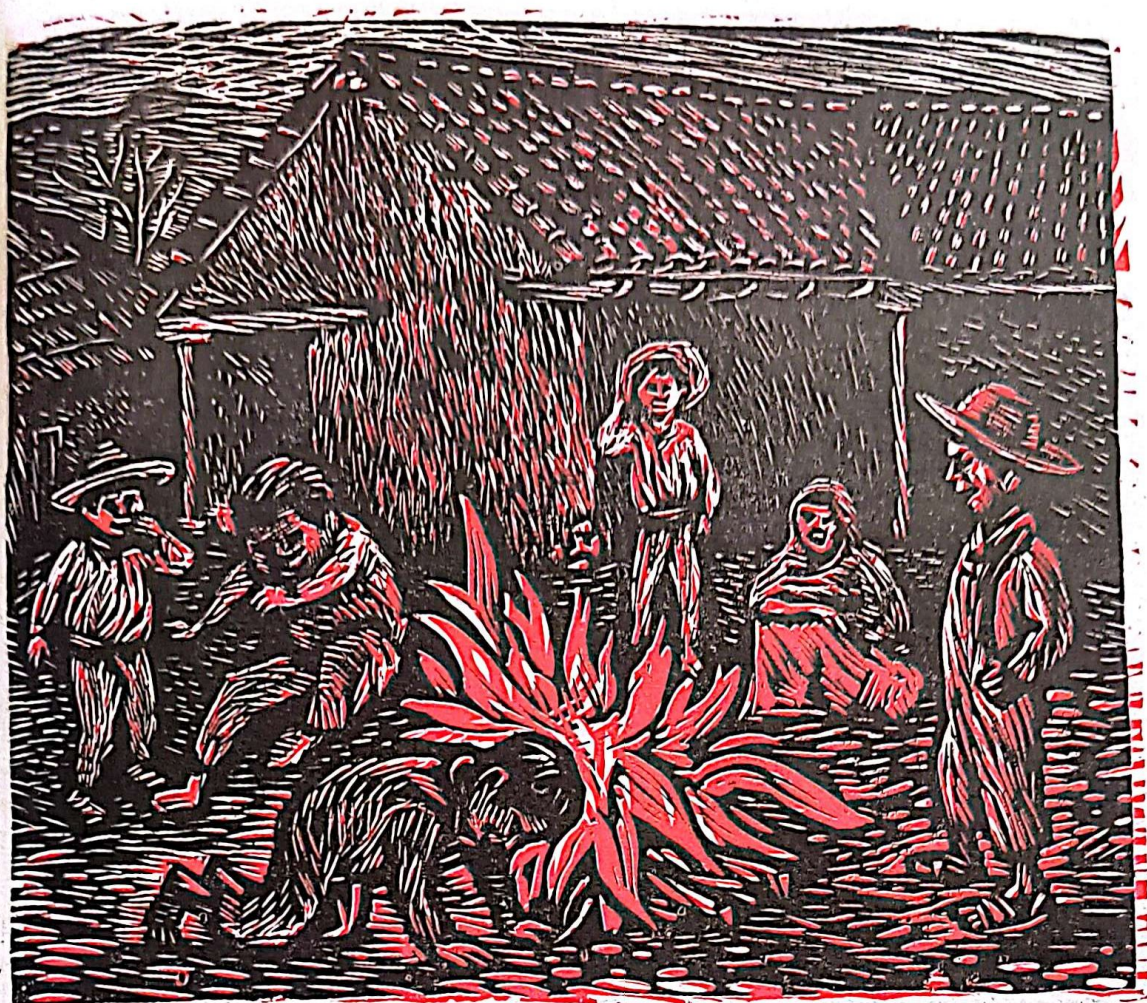
¡Qué bonito se ve con los colores de la puesta del sol! Una nube parecía acariciar la cima del Tzirate.

Volvió la vi ta a la ribera. Vió las tierras limpias y labradas. Parecía que las hubiera peinado el arado. Los surcos le hablaban de las muchas penas y esperanzas de los labradores.

Huachito sabía la alegría que proporcionaban aquellas tierras cuando crecían las milpas y el maíz empezaba a jilotear.

¡Qué bello se veía el lago aquella tarde! ¡Qué hermosa se miraba la tierra, recién regada por las lluvias! Era una boca por cada surco y una manchita roja de tejados por cada puebl'to.





A Huachito le gusta jugar a “las carretas de rastrojo”, a “los trompos”, a “la roña”, “al coyote”, “al burrito fletado”, a “los toritos”, tirar con resortera y escuchar cuentos, sobre todo, del abuelo que sabe muchos y los relata con mucho agrado, junto al fogón de la cocina, o en el patio donde la chiquillería hace sus fogatas para divertirse o calentarse.

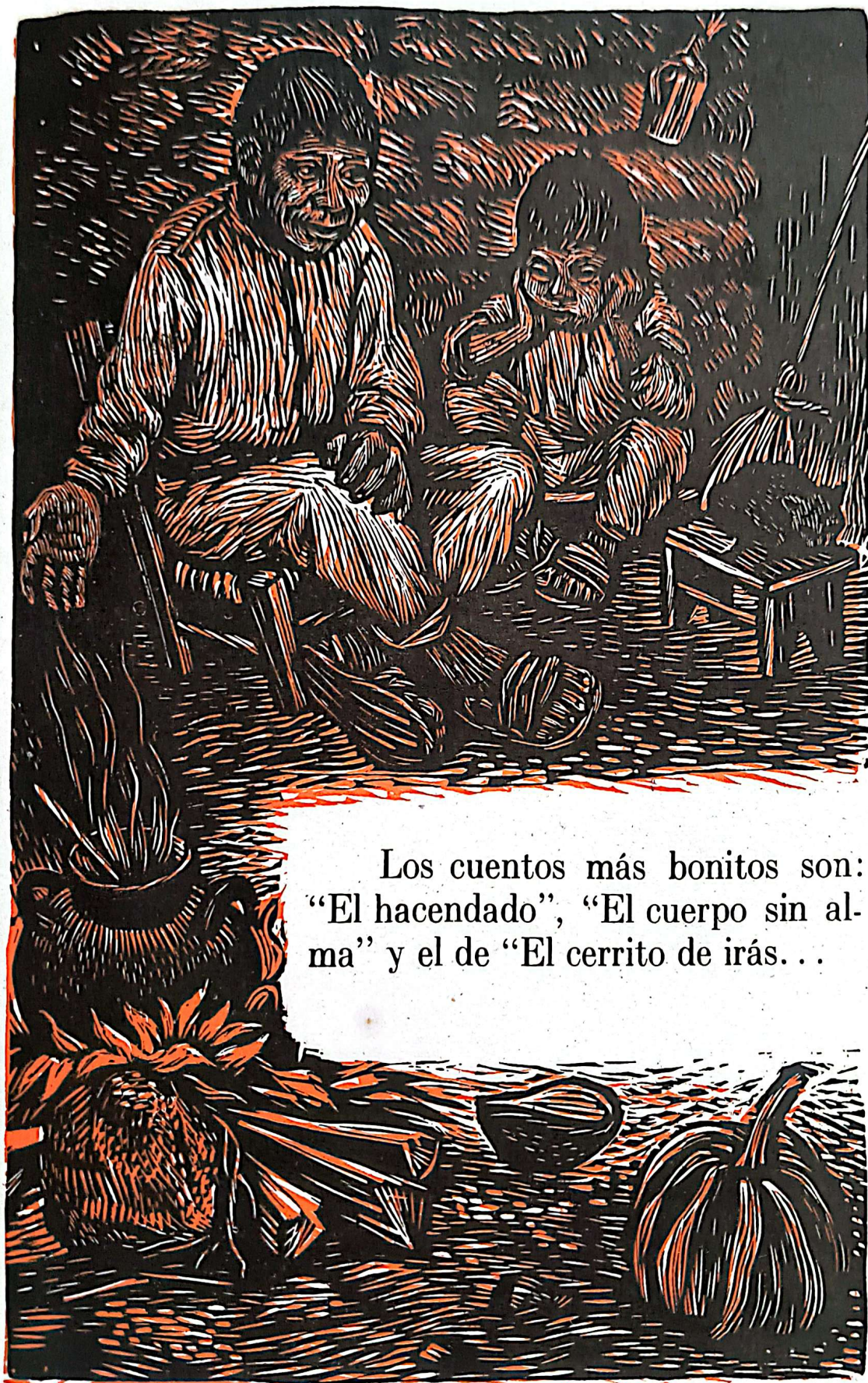
Saltando sobre el fuego parecen diablillos escapados del corazón de la tierra... El abuelito goza viéndolos jugar así, porque dice que en la vida se juega mucho con lumbre.



La palomilla de Huachito es muy alegre. Todos saben piréguas que son canciones en lengua purépecha. A ninguno le gusta asistir a la escuela, tal vez porque están acostumbrados a trabajar con sus padres en el campo.

Huachito como sus amigos, prefiere en sus ratos libres hacer corrales con terrones de barro o piedras, con sus puertas de trancas y también arados de rama de sauz.





Los cuentos más bonitos son:
“El hacendado”, “El cuerpo sin al-
ma” y el de “El cerrito de irás. . .

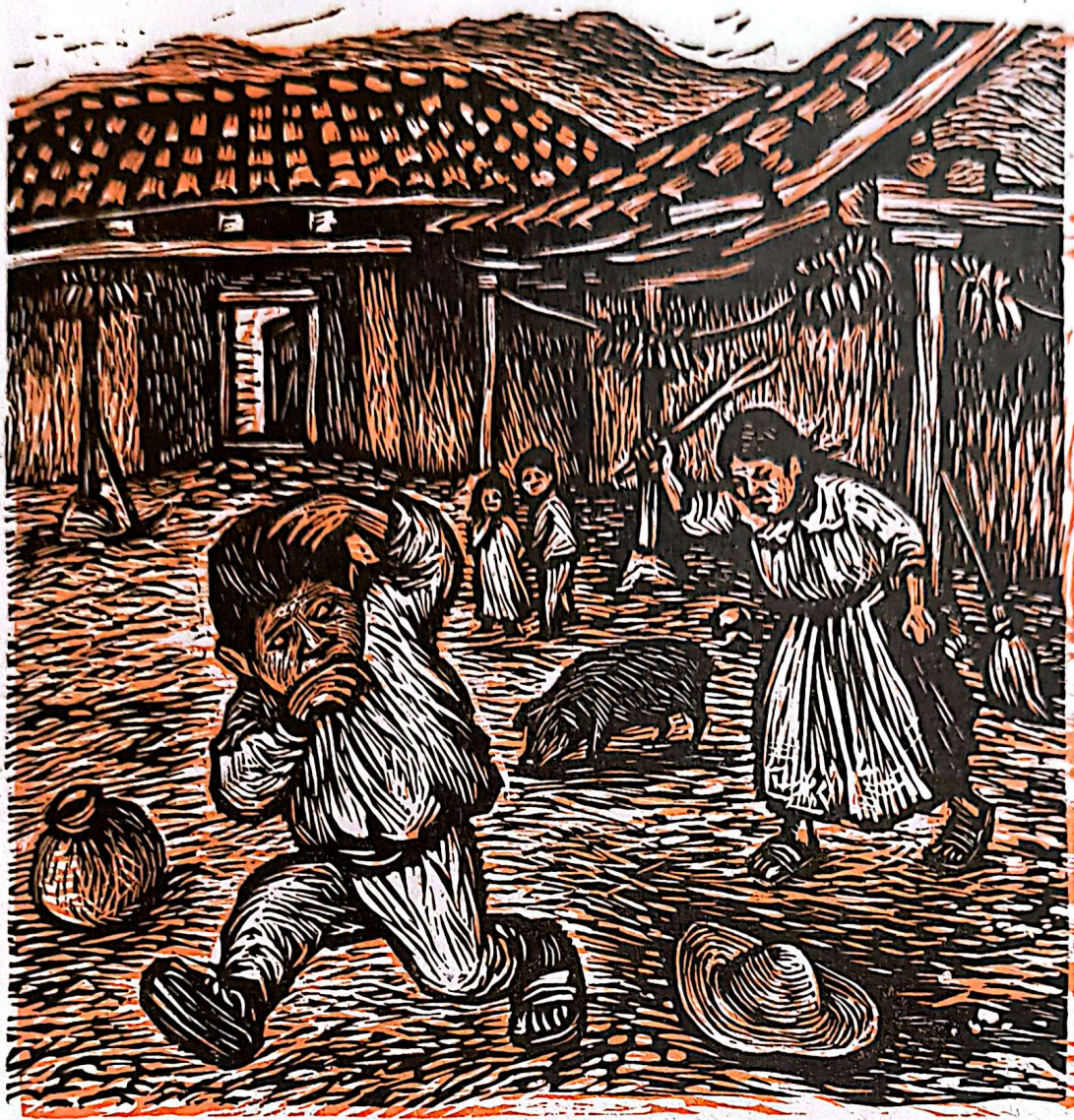
Huachito está sentado en lo alto de un mogote. Subió a la piedra más alta, allá entre la nopalera, para llorar a solas. No se da cuenta de la presencia de algunos animalitos. Las ardillas son muy divertidas con sus manitas en alto y su cola esponjada y elegante.

Las parejitas de conejos parece que pasean del brazo por los jardines tranquilos del monte. Estos curiosos y pequeños habitantes son los eternos niños de la tierra, por eso son felices. Al único diablo que le tienen miedo es a Huachito que trae resortera.

Ahora, por el "berrinche" no se da cuenta que se están riendo de él.

De rato en rato se limpia las lágrimas con el puño de la manga de la camisa.





Su madre le castigó por descuidado. Había olvidado dar agua a los animales, y como no era la primera vez que sucedía, el castigo fue duro.

El niño fue azotado con una vara de membrillo. Una vara larga y delgada que parecía que cortaba sus carnes.

Huachito estaba desesperado. Nunca le habían castigado tan fuerte. Sentía rabia porque le golpearon con una vara, con la misma que él había cortado para pegarles a los animales.

De pronto escucha el aleteo de un pájaro en la copa de un árbol cercano. El niño vuelve a la realidad. Rápidamente lleva una rano al morral. Sus dedos acarician la resortera. Se levanta y camina a un mejor sitio desde el cual pueda asegurar su puntería.

Confiaba en que haría lanco en el animal. El corazón le saltaba alborozado por la emoción. ¿Sería conguita, chapaturrín o cal ndria? ¡Lo que fuera, el acertaría!

Pero ¡ho!, desgracia. La suerte no le ayuda. Cuando iba a soltar la hondilla, a uno de sus huaraches se le soltó la correa, lo que le hizo tropezar y caer.

- ¡Mal haya mi suerte! Grita el niño, azotando el sombrero contra el suelo.

El ruido de la caída asustó al pajarillo. Según pudo darse cuenta al verlo volar e ir a posarse en un árbol.

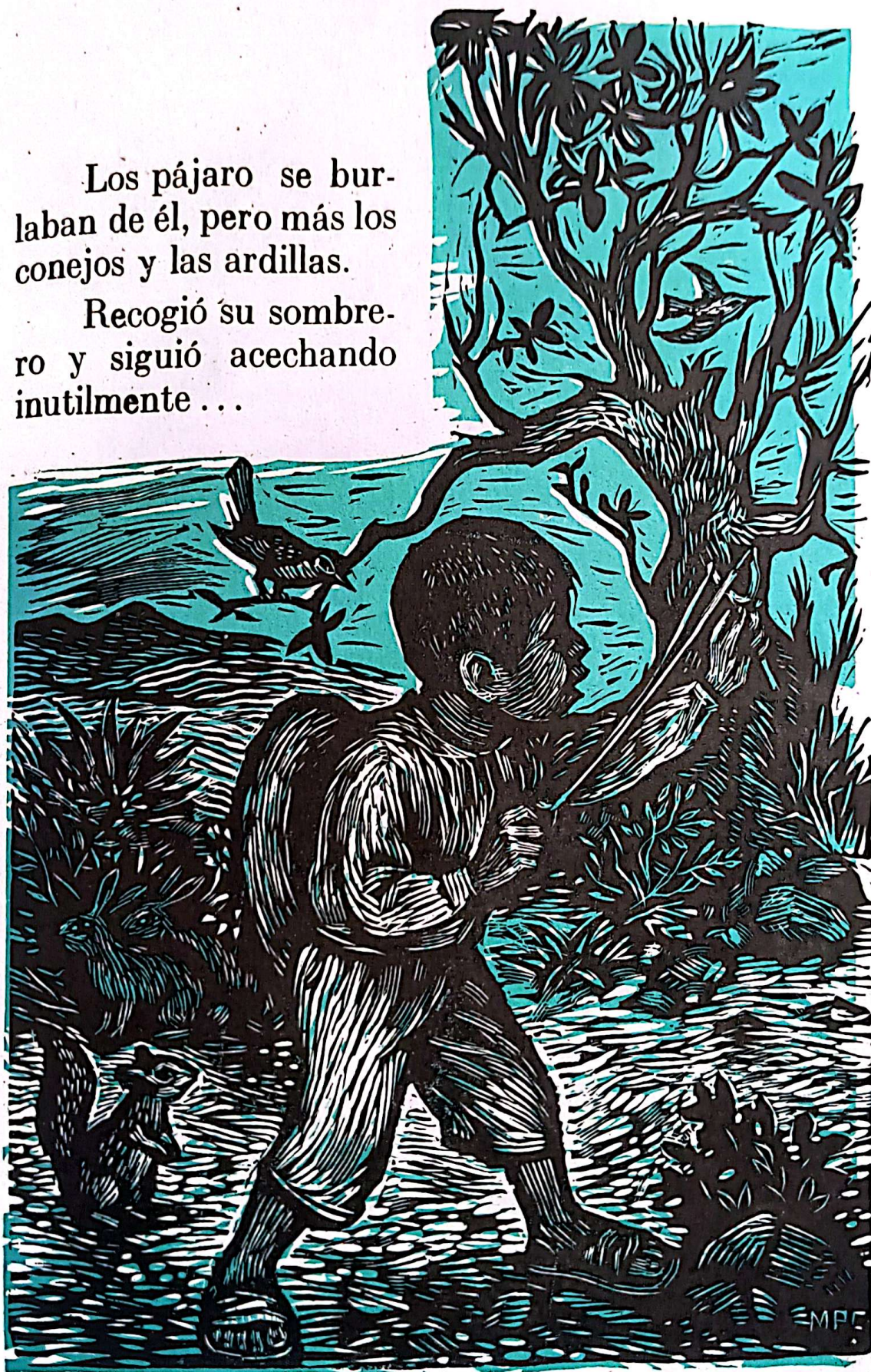
Furioso Huachito arremetio contra una lagartija. Disparó contra ella, pero tampoco le pegó.

No había duda Huachito tenía mala suerte aquel día



Los pájaro se bur-
laban de él, pero más los
conejos y las ardillas.

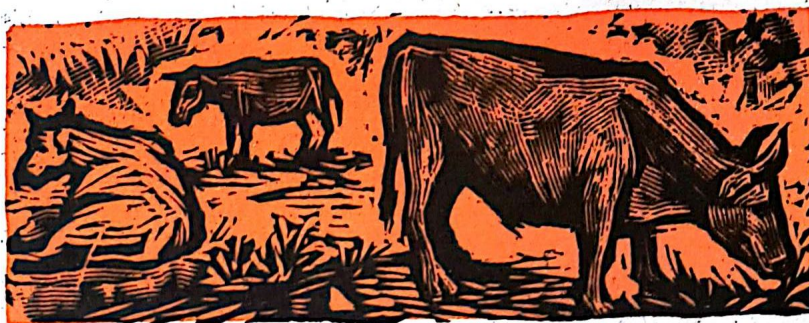
Recogió su sombre-
ro y siguió acechando
inutilmente...



Se sentó y de nuevo sintió que le dolían las posaderas.

Suavemente acarició los moretones que le habían levantado los cueros.

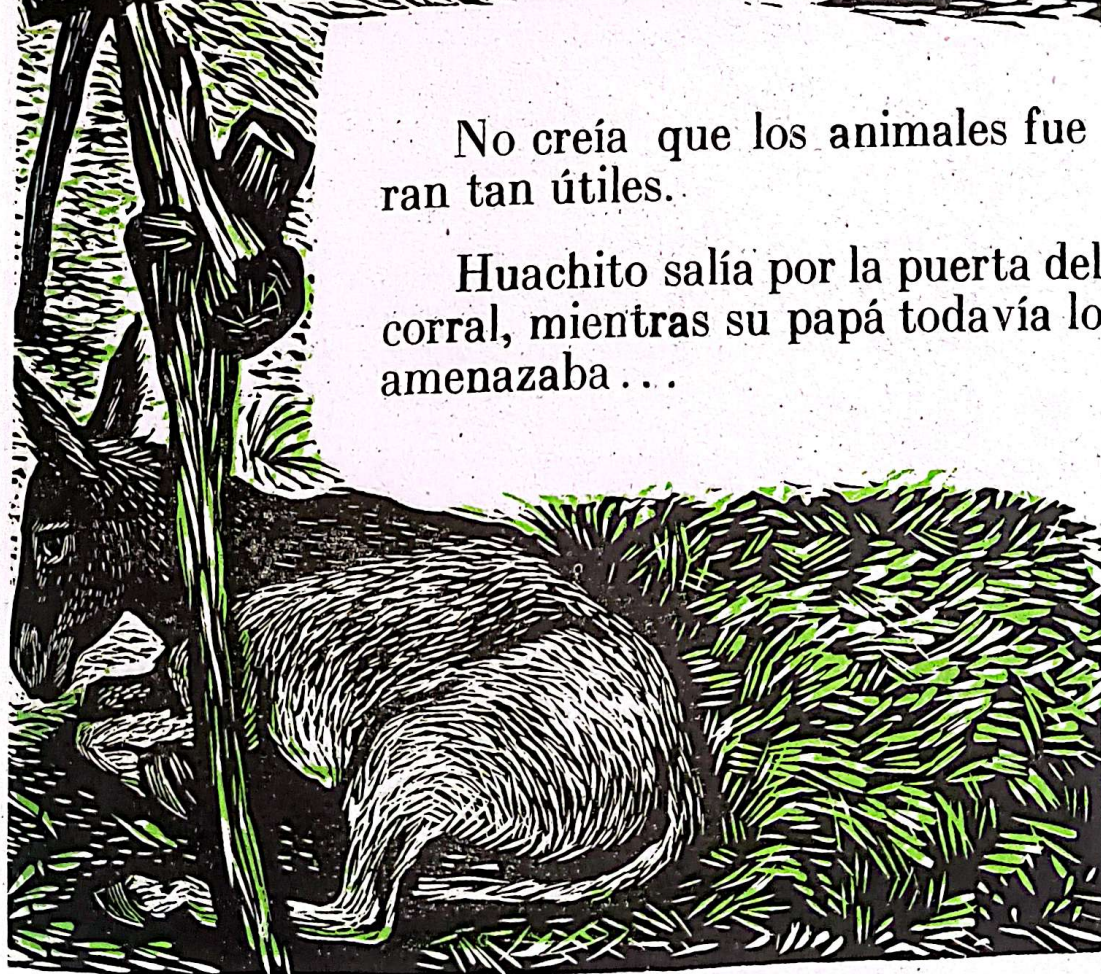
Un triste sentimiento le conmovió al acordarse de sus padres. Esta vez los dos le "midieron" la vara, y no con poca razón, pues le hicieron ver que los animales son parte de la vida de la familia. Los animales nos dan carne, leche, ayuda en el trabajo y dinero. También le dijeron que a los animales hay que tenerles cariño. Los arrieros consiguen "la tortilla" con sus burros. No es bueno apalear a quien nos ayuda





No creía que los animales fueran tan útiles.

Huachito salía por la puerta del corral, mientras su papá todavía lo amenazaba...



La tarde se había puesto su rebozo morado y la noche comenzaba a vestir al campo de luto. Las cosas se iban oscureciendo alrededor de Huachito. Vinieron a su memoria algunos cuentos del abuelo, que se desarrollaban en noches oscuras, sobre todo aquel "del cerri- to de irás y no volverás, y si no eres tonto regresarás".

Realmente le gustaban los cuentos, pero ahora, le daban miedo. Sentía miedo al verse solo. ¿Qué haría? ¿Volver a casa? ¡No! El no quería volver.

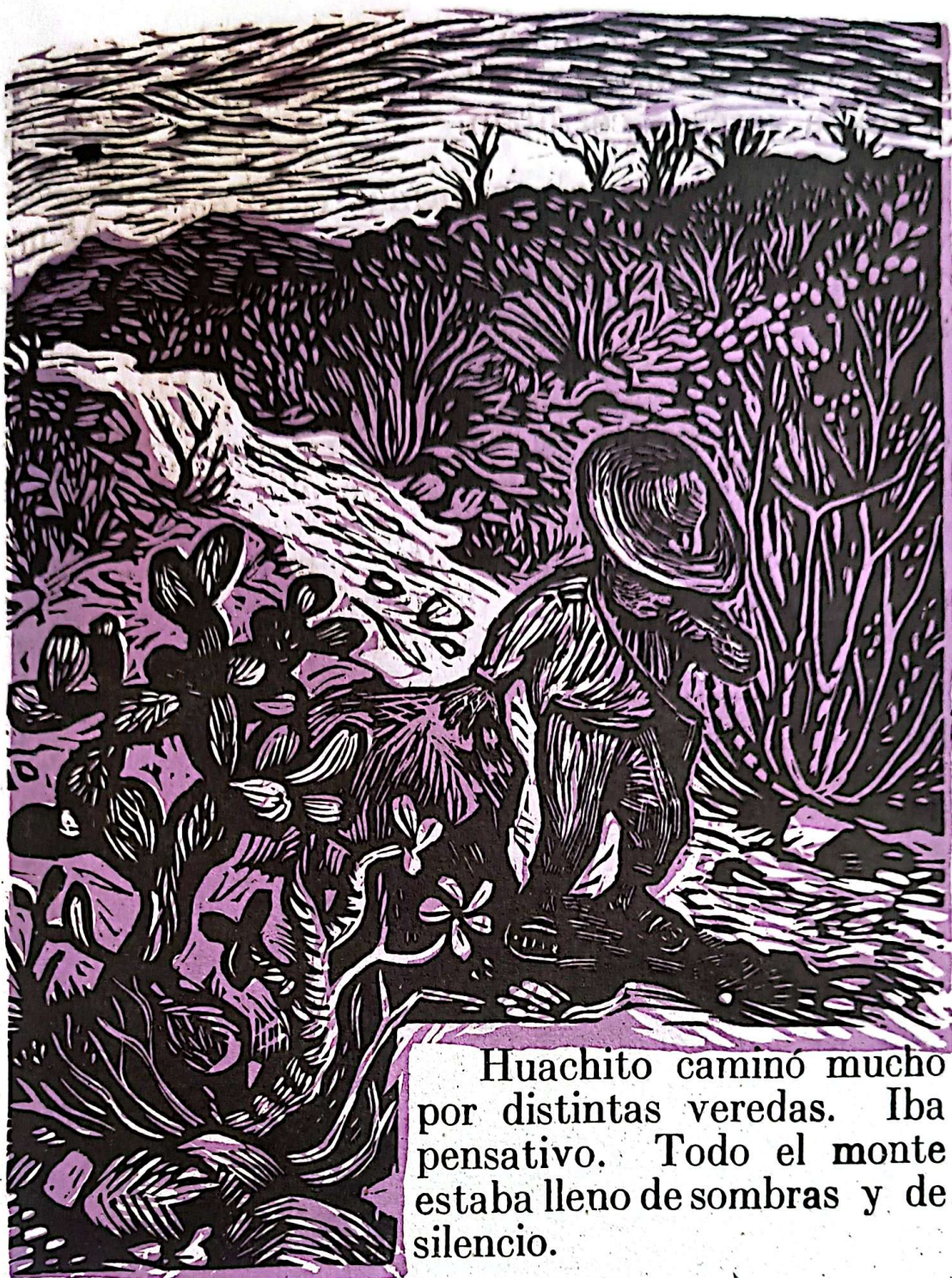
El era hombre de palabra. Se había dicho cuando le azotaban que no sucedería más. No volvería a su casa. Pero ¿a donde ir? Sin haber decidido nada, se echó a caminar por una vereda. Se internó en el mal-país que se extiende a la orilla de la comunidad.

A lo lejos escuchó una campana.

- ¡La oración! Se dijo. - Deben estarme esperando, pero no volveré.

Había tomado ya una resolución: irse lejos.





Huachito caminó mucho por distintas veredas. Iba pensativo. Todo el monte estaba lleno de sombras y de silencio.

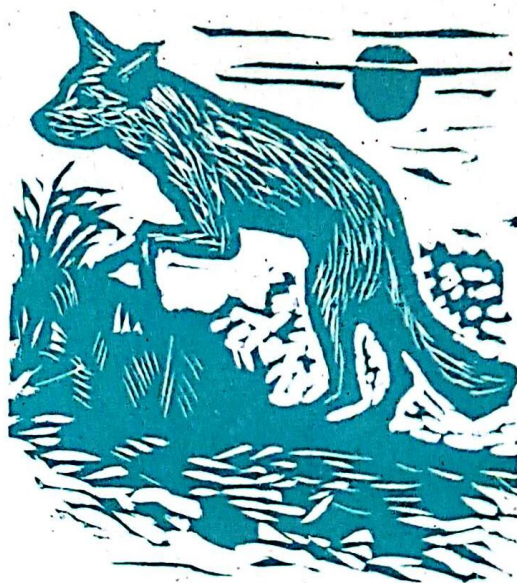


Junto a una paracua se echó rendido. La tierra estaba fresca y suave; invitaba al descanso. Los ojos del niño a veces se cerraban.

Los árboles tomaban formas extrañas. Algunos troncos, por retorcidos parecían trenzas. Veía las piedras como pedazos de cántaro o de ollas de Capula, Tzintzuntzan o Patamba.

El silencio llenaba el campo. El niño nada oía. Todo estaba dormido. Bien pudiera pisar cien víboras de cascabel y no darse cuenta de ello.

Tropezaba a cada momento, y mientras tanto, los coyotes allá en las curvas del camino, siguen cuidando a la raza purépecha... a veces suben a las iglesias y convertidos en piedra por la mano amorosa del hombre, vigilan sus pueblos.





Las paracuas eran
estrellitas sosteni-
das por grandes
alas de murciélagos.
Y las luces amarillas
del cielo con las nu-
bes, se entretejían
dibujando la forma
de un petate. . .

No cabe la menor duda ¡el mundo anda muy mal!
Pensó Huachito. Su abuelito también lo dijo alguna vez.

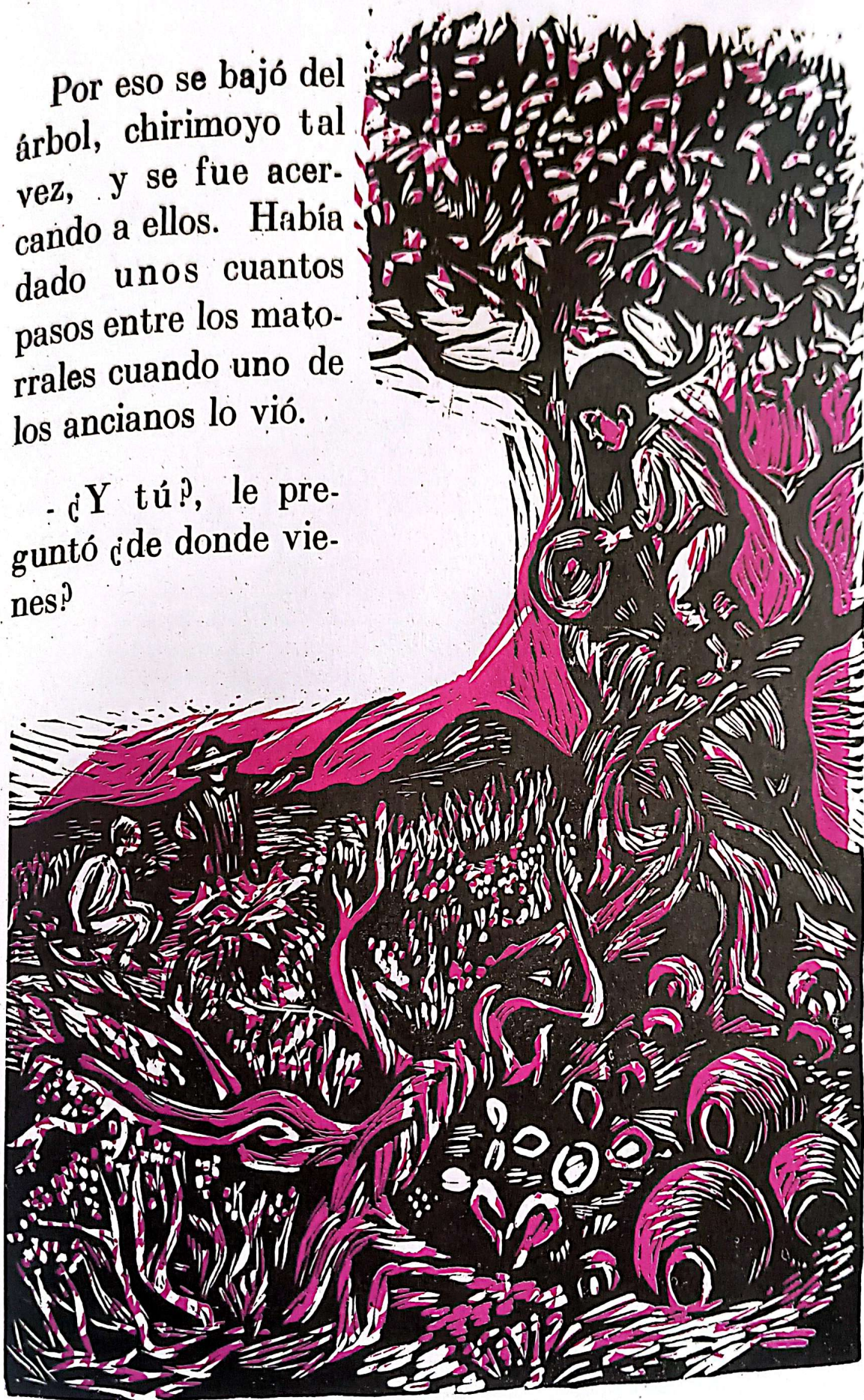
Dentro del aquel mundo extraño el niño escuchó unas voces. Parecían de dos ancianos. Se subió a uno de aquellos árboles retorcidos y, pronto advirtió que conversaban cerca de una fogata. Eran dos viejos como los de su pueblo. Uno traía un largo gabán de lana negra, el otro, vestido como la gente de la región, jugueteaba con su bordón de otate.

Huachito los observó bien y se dió cuenta que estaban fatigados, como si hubieran hecho una larga caminata. Los dos se veían tan buenos, que inspiraban confianza.



Por eso se bajó del árbol, chirimoyo tal vez, y se fue acercando a ellos. Había dado unos cuantos pasos entre los matorrales cuando uno de los ancianos lo vio.

- ¿Y tú?, le preguntó ¿de donde vienes?





El viejo del gabán dijo:

- Queremos darte un consejo: Vuelve a tu casa.

- ¡No! Dijo el niño con resolución.

- Mira. Dijo el anciano del bordón. - Somos campesinos como tú. Somos danzantes y sabemos mucho. Tú, en cambio, tienes tanto que aprender. El saber es bello como la luz del día o como las estrellas de la noche.

El otro viejo, continuó:

- Sólo sabiendo mucho podrás ayudar a tus amigos y a tu pueblo. Sólo sabiendo mucho podrás cumplir con tu deber y tener así la conciencia tranquila.

Huachito miró con desconfianza a los viejos y dijo:

- A mí no me gusta la Escuela. No quiero aprender.

- Sin embargo, nosotros tenemos el deber de enseñar a los jóvenes como tú. Más ahora que nuestra



lengua purépecha se está perdiendo. ¿Recuerdas la danza de “Los Viejitos”? Mira, el viejo del gabán sacó de los pliegues de su cobija una máscara roja y Huachito por poco se desmaya de la sorpresa.

máscara de “Los Viejitos”!, dice.

- Sí, niño, eso es. Esta danza es uno de los pocos recuerdos que nos quedan. Tiene mucho de la vieja sabiduría: los listones que se desprenden de los sombreros representan los rayos de sol que nos dan lo bello de las flores; sus colores representan el arco iris. Son la alegría del saber.

- Sí, Huachito, sus rostros sonrientes, redondos y colorados representan al sol que nace todos los días. Esta danza es el nacimiento del sol: El amanecer. El viejo sol que durante tantos siglos nos ha dado luz y calor.



- ¿Y por qué se agachan los viejitos al bailar?

- Eso, niño, representa la muerte pasajera de la luz: al atardecer, cuando se ven nubes violetas y Tata Hurriata se va. Así pues, el sol nace y muere todos los días sembrando la vida.

Huachito seguía asombrado. Los viejitos continuaron conversando del pueblo purenibe. El viejo del bordón dijo:





- Esos simpáticos danzantes representan el alma de un pueblo trabajador, muy amante de las artes. Además, que sabía mucho.

- Es cierto, Agregó el otro. - Había quienes supieran desde los nombres de las estrellas hasta las virtudes de las plantas,



y desde las riquezas de la tierra hasta los secretos de los cerros, y todavía más, sabían hasta de los amores de las flores con el colibrí.

Huachito se sentía apenado ante aquellos viejitos que sabían tanto. Comprendía que había estado equivocado. Comenzaba a interesarle el saber. Los viejitos le miraron atentos y le preguntaron:

- ¿Te has aburrido?

El niño sorprendido, después de un momento de vacilación, contestó:

- ¡Oh, no! Me gusta mucho lo que me han contado.

- Siendo así, dijo el viejo del bordón, te diremos que nuestro pueblo fue muy poderoso. Tuvo reyes, príncipes y princesas. ¡Oh, si hubieras conocido al príncipe Tacamba o a nuestro noble señor Tanganxhuán Segundo!

- ¿Quién fue Tanganxhuán?

- Fue un rey, que hombres extraños le sacrificaron





Jamás reveló su secreto. Los tesoros del reino aún siguen ignorados. Hay un cerro azul donde están sepultadas las joyas de los señores más poderosos del reino.

- Imagínate niño, que en esa montaña estaba el templo del saber. A los que llegaban a la cumbre se les cubría con el manto de la sabiduría. Al bajar eran como si fueran otros. Se querían y se ayudaban. Eran realmente seres humanos.

- ¿Y qué pasó con todo eso?



- Las guerras que nos hicieron aquellos hombres extraños, lo destruyeron todo. Alrededor de la montaña hay cerros; en cada uno había una ciudad. No quedó nada de eso, El tiempo las cubrió con tierra...!

- ¿Y nada de eso puede volver?

- Sí, Huachito, pero necesitamos la ayuda de los niños, estudiosos como tú vas a ser. Estudia,

Huachito, y cuando seas grande trabaja para que mañana puedas, con tus hermanos, construir ciudades más grandiosas que aquellas que fueron destruidas y porq ue todos tengan una vida más buena y llevadera. Lucha contra las guerra. Haz que haya paz y trabajo para todos.



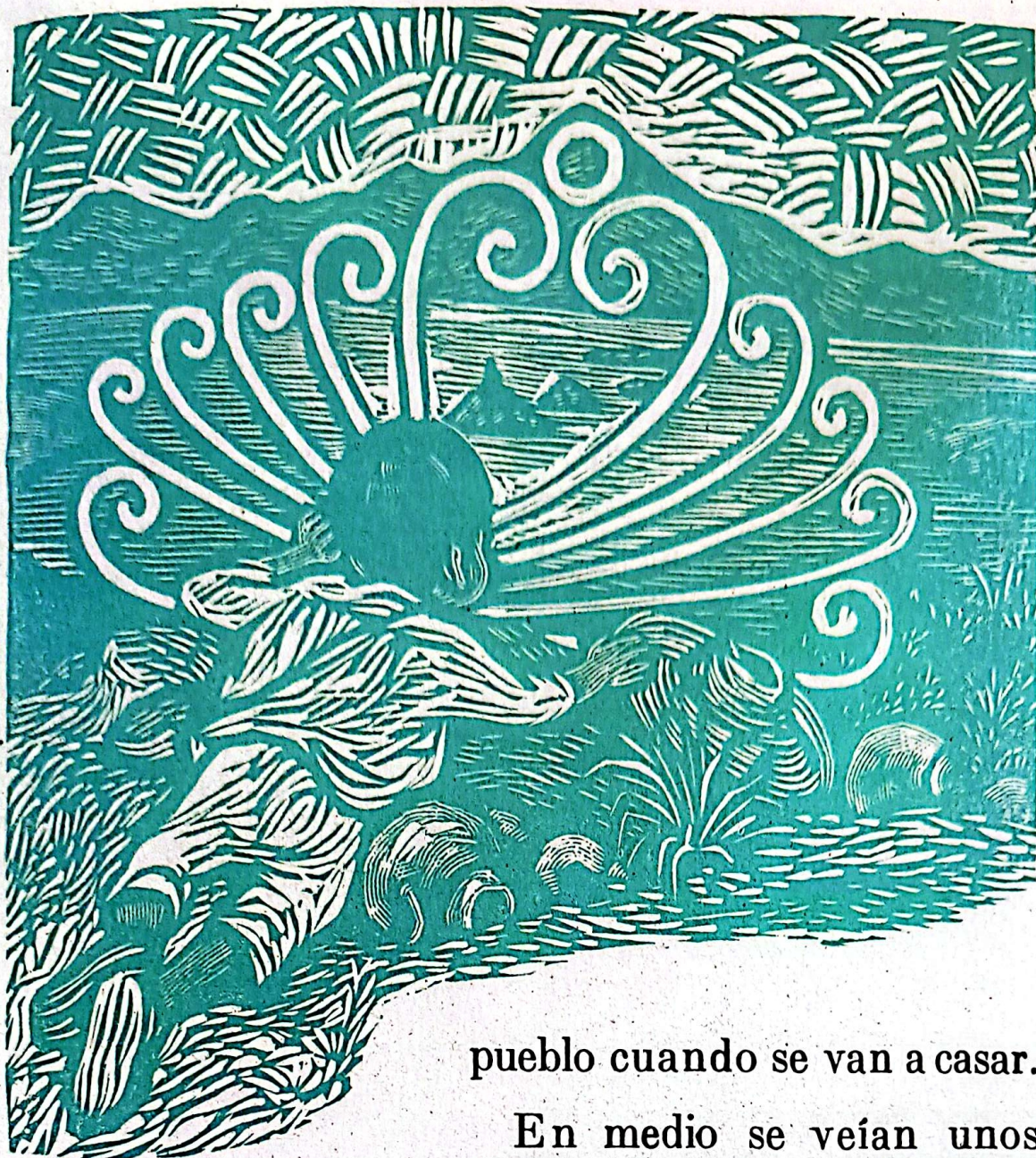


- ¡No se te olvide la montaña!
- ¡Nuestro templo mayor...!
- Ni el polvo ni el tiempo po-
drán borrar lo bueno y lo
justo de ayer...



Huachito se había levantado. Estaba convencido de que tenía que salvar a su pueblo. Debía convencer a su palomilla de la gran responsabilidad de los niños. Había que trabajar porque aquel pueblo se levantara.

Echó a correr hacia su comunidad. Diría a sus padres que le perdonaran su tardanza. Se sentía ligero y ágil. Pronto se encontró corriendo por las orillas del lago, y no se explicaba por qué razón lo veía como desde el cerro del estribo y através de un medallón de plata, de esos que regalan a las muchachas de su

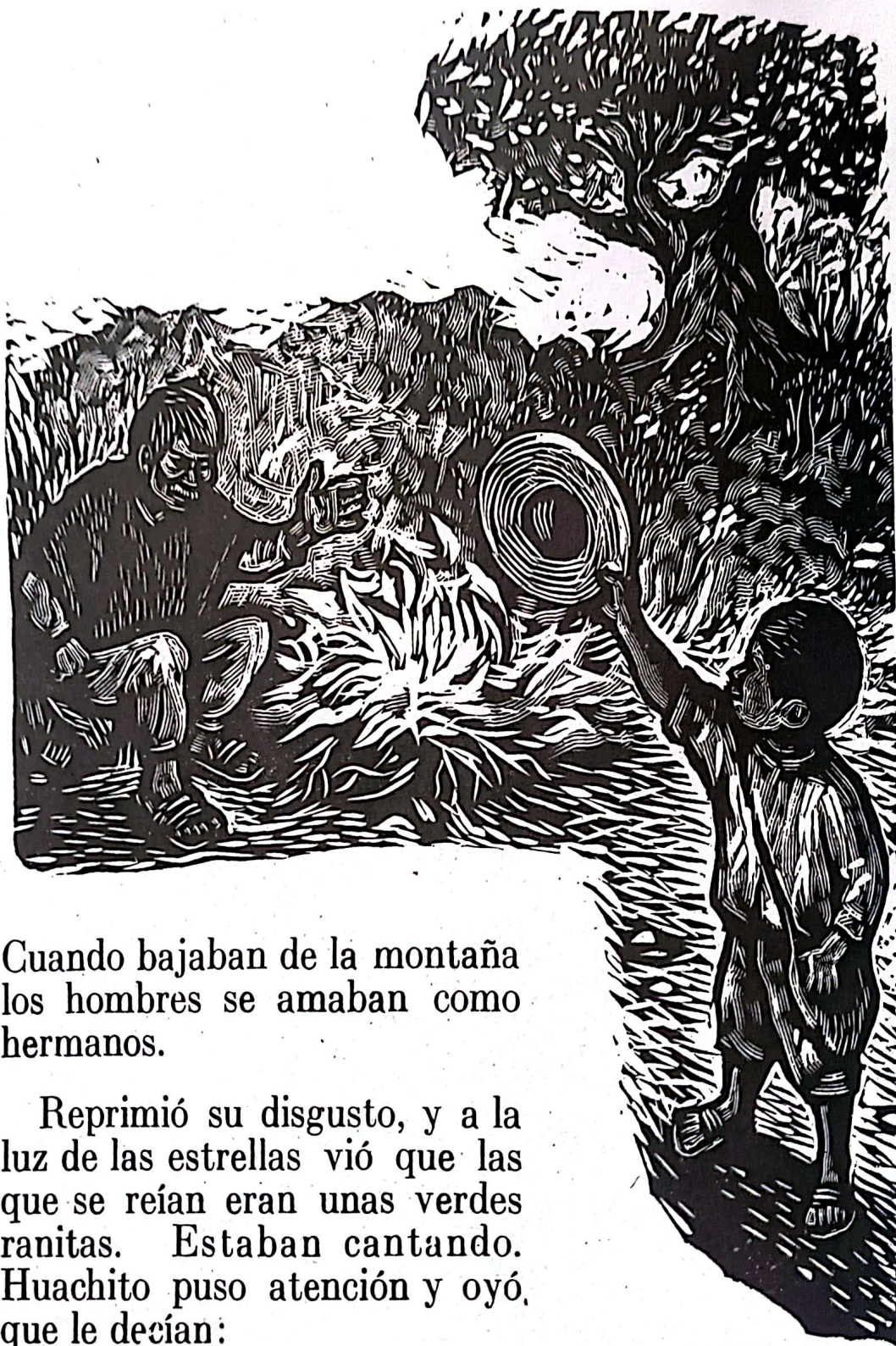


pueblo cuando se van a casar.

En medio se veían unos mogotitos que seguramente eran las islas; Janitzio, Tecuena, Yunuén y Pacanda.

Huachito se había caído boca abajo. Algo le hizo tropezar. Oyó unas risas, como si se burlasen de su caída.

Rápidamente coge la resortera para castigar a los que se rieron de su caída. Pero se acuerda de su noble misión. Se acuerda de los viejitos. Se acordó de aquello:



Cuando bajaban de la montaña
los hombres se amaban como
hermanos.

Reprimió su disgusto, y a la
luz de las estrellas vió que las
que se reían eran unas verdes
ranitas. Estaban cantando.
Huachito puso atención y oyó,
que le decían:



Apredamos la ciencia de la vida,
aprendamos amando la belleza,
que en la tierra los niños son hermanos
y en el cielo este canto es el que reza.
Paz, paz. Viva la paz del mañana
y que la vida se proclame sana,
sana, sana, colita de rana.
Sana, sana repica la campana



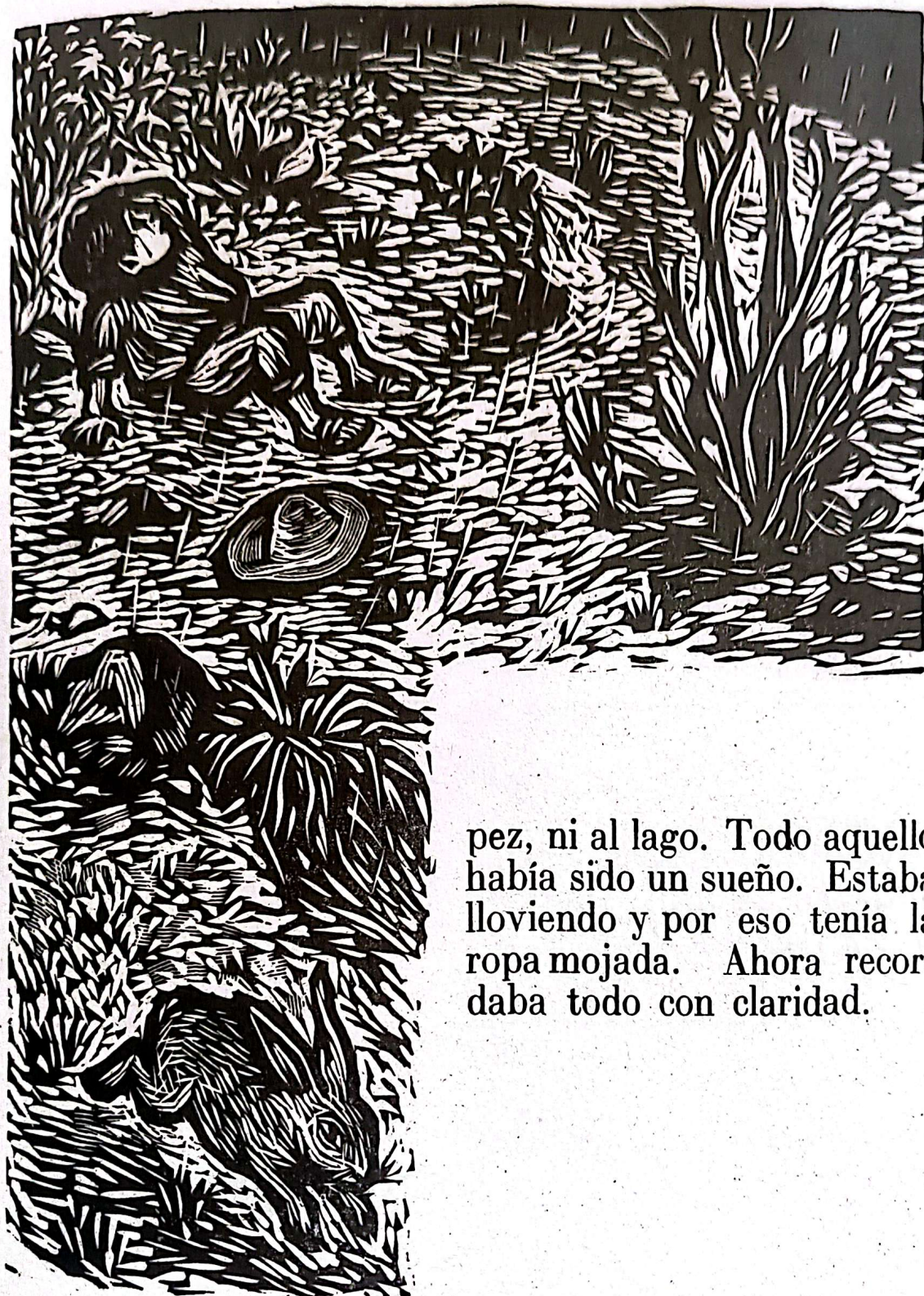
Huachito rió feliz. Aquellas ranitas eran divertidas. Pero un pecesito travieso empezó a chapotear en la orilla.

- ¡Canijo, gritó Huachito!

- ¿Canijo yo? Dijo el pez. -
verás y comenzó a inflarse y crecía y crecía.

El niño se levantó y echó a correr, hasta que cansado se dejó caer sobre la hierba. El paisaje era el de antes. Lentamente fue abriendo los ojos y no vió ni al





pez, ni al lago. Todo aquello
había sido un sueño. Estaba
lloviendo y por eso tenía la
ropa mojada. Ahora recor-
daba todo con claridad.



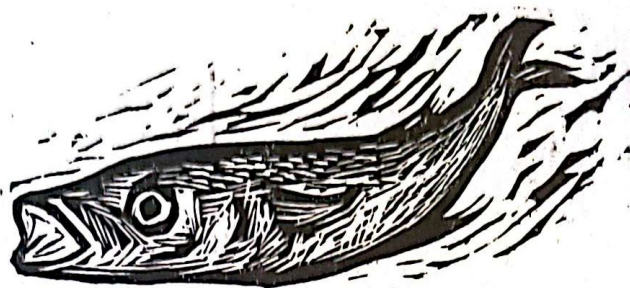
Los viejos del sueño te-
nían razón, él debía traba-
jar por su pueblo.



Regresaría a su casa, iría a la escuela, convencería a su palomilla para que se uniera a su propósito: luchar sin descanso porque todos los hombres se vieran como hermanos.



Por la vereda del pueblo camina el niño, va cantando y saltando. Va alegre, porque lleva un propósito.



Tarareaba el canto de las ranas:

Aprendamos amando la belleza,
que en la tierra los niños son hermanos
y en el cielo este canto es el que reza.

Sana, sana, colita de rana,
sana, sana, repica la campana.





Se terminó de imprimir en
los talleres de imprenta
y grabado del CREFAL
el 28 de octubre de 1954.
44 grabados originales de
Manuel Pérez Coronado.

Huachito y los viejitos es una edición facsimilar
del original impreso con la técnica de grabado
en cera por Manuel Pérez Coronado en 1954.
Terminó de imprimirse en el mes de abril de
2006 en los talleres de High Print,
S. A. de C. V. de Monterrey, México.

La edición estuvo al cuidado
de Margarita Mendieta
y la formación de Francisco
Javier Galván. Realizó
la selección de los
textos que aparecen
a manera de prólogo
de esta edición
Meynardo
Vázquez
Esquivel.

El tiraje fue de 500 ejemplares
más sobrantes para reposición.

Facsímile de la primera edición (1954)
Edición conmemorativa por el 55° aniversario del CREFAL (mayo de 2006)

 CREFAL